

COLECCIÓN ARIEL

Nº 25

El rapto del Sol

Hubo una vez un rei tan poderoso que se enseñoreó de toda la tierra. Fué el señor del mundo. A un jesto suyo millones de Lombres se alzaban dispuestos a derribar las montañas, á torcer el curso de los rios o a esterminar una nación. Desde lo alto de su trono de marfil i oro, la humanidad le pareció tan mezquina que se hizo adorar como un dios i estatuyó su capricho como única i suprema lei. En su inconmensurable soberbia creía que todo en el universo estábale subordinado, i el férreo yugo con que sujetó á los pueblos i naciones, superó á todas las tiranías de que se guardaba recuerdo en los fastos de la historia.

Una noche que descansaba en su cámara tuvo un enigmático sueño. Soñó que se encontraba al borde de un estanque profundísimo en cuyas aguas, de una diafanidad imponderable, vió un extraordinario pez que parecía de oro. En derredor de él i bañados por el májico fulgor que irradiaban sus aureas escamas, pululaban una infinidad de seres: peces rojos que parecían teñidos de púrpura, crustáceos de todas formas i colores, rarísimas algas e imperceptibles átomos vivientes. De pronto, oyó una gran voz que decía: Apoderaos del radiante pez, i todo en torno suyo perecerá!

El rei se despertó sobresaltado e hizo llamar a los astrólogos i nigromantes para que esplicasen el extraño sueño. Muchos espresaron su opinión, mas ninguna satisfacía al monarca hasta que, llegado el turno al mas jóven de ellos, se adelantó i dijo:

—Oh, divino i poderoso príncipe! la solucion de tu sueño es ésta: El pez de oro es el sol que desparrama sus dones indistintamente entre todos los seres. Los peces rojos son los reyes i los grandes de la tierra. Los otros son la multitud de los hombres, los esclavos i los siervos. La voz que hirió vuestros oídos es la voz de la soberbia. Guardaos de seguir sus consejos, porque su influjo os será fatal.

Calló el mago, i de las pupilas del rei brotó un resplandor sombrío. Aquello que acababa de oír, hizo nacer en su espíritu una idea que, vaga al principio, fué redondeándose i tomando cuerpo como la bola de nieve de la montaña. Con ademan terrible se echó sobre los hombros el manto de púrpura, i llevando pintada en el rostro la demencia de la ira, subió á una de las torres de su maravilloso alcázar. Era una tibia mañana de primavera. El cielo azul, la verde campiña con sus bosques i sus hondonadas, los valles cubiertos de flores i los arroyos serpenteando en los claros y espesuras, hacian de aquel paisaje un conjunto de una belleza incomparable. Mas, el monarca nada vió: ningun matiz, ninguna línea, ningun detalle atrajo la atencion de sus ojos de milano clavados como dos ardientes llamas en el glorioso disco del sol. De súbito un águila surgió del valle i flotó en los aires, bañándose en la luz. El rei miró el ave i, en seguida, su mirada descendió á la campiña, donde un grupo de esclavos recibian inmóviles como ídolos, el beso del fúljido lumínar. Apartó los ojos, i por todas partes vió esparcirse en torrentes inagotables aquel resplandor. En el espacio, en la tierra i en las aguas miriadas de seres vivientes saludaban la esplendorosa antorcha en su marcha por el azul.

Durante un momento el rei permaneció inmóvil contemplando el astro i, vislumbrando por la primera vez, ante tal magnificencia, la mezquindad de su gloria i lo efímero de su poder. Mas, aquella sensación fué ahogada bien pronto por una ola de infinito orgullo. El, el rei de los reyes, el conquistador de cien naciones puesto en parangon

i en el mismo nivel que el pájaro, el siervo y el gusano!

Una sonrisa sarcástica se dibujó en su boca de esfinje, i sus ejércitos i flotas cubriendo la tierra, sus incontables tesoros, las ciudades magníficas desafiando las nubes con sus almenados muros i soberbias torres, sus palacios i alcázares, donde desde sus cimientos hasta la flecha de sus cúpulas no hai otros materiales que oro, marfil y piedras preciosas, acuden en tropel á su memoria con un brillo tal de poderío i grandeza que cierra los ojos deslumbrado. La visión de lo que le rodea se empequeñece, el sol le parece una antorcha vil, digna apenas de ocupar un sitio en un rincón de su rejia alcoba. El delirio del orgullo lo posee. El vértigo se apodera de él, su pecho se hincha, sus sienas laten, i de sus ojos brotan rayos tan intensos como los del astro hácia el que alarga la diestra, queriendo asirle i detenerle en su carrera triunfal. Por un momento permanece así, trasfigurado, en un paroxismo de infinita soberbia, oyendo resonar aquella voz que le hablara en sueños:

—Apoderaos de esa antorcha i todo lo que existe perecerá.

Qué son ante tal empresa sus hechos i los de sus antecesores en la noche pavorosa de los tiempos? Méenos que el olvido i que la nada. I sin apartar sus miradas del disco centelleante, invocó a Raa, el jenio dominador de los espacios i de los astros.

Obediente al conjuro, acudió el jenio envuelto en una tempestuosa nube preñada de rayos i de relámpagos, i dijo al rei con una voz semejante al redoble del trueno:

—Qué me quieres, oh, tú, a quien he alzado i puesto sobre todos los tronos de la tierra?

I el monarca contestó:

—Quiero ser dueño del sol i que él sea mi esclavo.

Calló Raa, i el rei dijo:

—Pido, talvez, algo que está fuera del alcance de tu poder?

—Nó; pero para complacerte necesito el corazón del hombre mas egoista, el del mas fanático, el del mas ignorante i vil i el que guarde en sus fibras mas odio i mas hiel.

—Hoi mismo los tendrás, dijo el rei, i el denso nubarron que cubria el alcázar, se desvaneció como una nubecilla de verano.

Despues de una breve entrevista con el capitán de su guardia, el rei se dirigió á la sala del trono, donde ya lo aguardaban de rodillas i con las frentes inclinadas todos los magnates i grandes de su imperio. Colocado el monarca bajo la púrpura del dosel, proclamó un heraldo que, bajo pena de la vida, los allí presentes debían designar al rei al hombre mas ignorante, al mas fanático, al mas egoista i vil i al que albergase mas odio en su corazon.

Los favoritos, los dignatarios i los mas nobles señores se miraron los unos á los otros con recelosa desconfianza. Qué magnífica oportunidad para deshacerse de un rival! Mas, a pesar de que el heraldo repitió por tres veces su intimacion, todos guardaron un temeroso silencio.

El enano del rei, una horrible y monstruosa criatura, echado como un perro a los pies de su amo, lanzó al ver la consternación pintada en los semblantes una estridente carcajada, lo que le valió un puntapié del monarca que lo echó a rodar por las gradas del trono hasta el sitio donde estaba el príncipe heredero, quien lo rechazó, a su vez del mismo modo entre las risas de los cortesanos.

Por un instante se oyeron los rabiosos aullidos del infernal aborto hasta que, de pronto, enderezando su desmedrada personilla, gritó con un acento que hizo correr un escalofrío de miedo por los circunstantes:

—Si aseguras a mi cabeza su permanencia sobre los hombros, yo, oh divino príncipe! te señalaré a esos que tus reales ojos desean conocer.

El rei hizo un signo de asentimiento i el repugnante enjendro continuó:

—Nada mas fácil que complacerte, oh rei! De-

seas saber cuál de tus vasallos posee el corazón mas vil? Pues no sólo te presentaré uno sino toda una lejión. I mostrando con la diestra a los favoritos que le escuchaban espantados, prosiguió: Ved ahí a esos que sacó de la nada tu omnipotencia! En sus corazones de cieno anidan todas las vilezas. La ingratitud i la envidia están tras la máscara hipócrita de sus bajas adulaciones. En el fondo te odian. Son como las víboras; se arrastran, pero saltan i muerden al menor desliz.

En seguida, volviéndose hácia el Sumo Sacerdote, i señalándolo junto con los magos i los nigromantes, dijo:

—Ved ahí al mas fanático i a los mas ignorantes de tus súbditos. Sus dogmas son absurdos, falsa su ciencia i su sabiduría necedad!

Hizo una pequeña pausa i con voz envenenada de odio prosiguió:

—El corazón mas egoista alienta dentro de tu pecho, oh! rei. No conozco otro que le iguale en dureza i en crueldad, salvo el del príncipe, tu primojénito. El pedernal es ante sus fibras una blanda i deleznable cera!

Calló un instante i luego con voz ronca profirió:

—Sólo me falta mostrarte donde se halla el último. Ese, es el mío, i, golpeándose el pecho con fuerza, exclamó: Aquí está, oh príncipe! Con odio i hiel fue fabricado. Si pudiera desbordarse, os ahogaria a todos con el acíbar i ponzoña de sus rencores. Anídanse en él mas cóleras que las que desataron, desatan i fulminarán los cielos i los abismos del mar. Una sola gota del veneno que encierra, bastaria para esterminar todo lo que se mueve i alienta debajo del sol.

La voz sibilante del enano vibraba aun en el vasto recinto, cuando el rei hizo una imperceptible señal. Al instante se apartaron los amplios tapices i dieron paso a una falanje de guerreros que se precipitaron sobre los aterrados favoritos, dignatarios y magnates i los pasaron á cuchillo en un abrir i cerrar de ojos. Inmediatamente, despues de decapitados, abríanles el pecho i les arrancaban el corazón palpitante.

El joven príncipe, al ver aquella carnicería, de un salto se puso junto a su padre, mas el monarca, alzando el pesado cetro de oro, lo descargó sobre la desnuda i juvenil cabeza con la celeridad del relámpago. Apénas el cuerpo se desplomó sobre las gradas, un esclavo le sacó el corazón.

El enano al ver que un soldado avanzaba hácia él con el alfanje en alto, gritó:

—Oh, rei, has prometido...! I una voz, en la que vibraba un acento de ferocidad implacable, resonó en lo alto del soberbio trono:

—Arrancadle, vivo, el corazón!

* * *

Han pasado dos días; el rei se encuentra en su cámara mas hosco i torvo que nunca, cuando de improviso ve en forma de una serpiente de fuego la temerosa aparicion de Raa. El jenio desenvuelve sus anillos de llamas i dice:

—Aquí tienes lo convenido. Esta malla, tejida con las fibras de los corazones cuya esencia era el egoísmo i el odio, el fanatismo i la ignorancia, es impenetrable á la luz. Los rayos del sol se romperán contra ella, sin que logren atravesarla jamas. Aunque su volúmen es tan pequeño que puede ocultarse en el hueco de la mano, sus pliegues, distendidos, cubririan toda la tierra. Oye i graba en tu memoria lo que has de hacer: Subirás a la montaña que se alza sobre el abismo i esperarás que el sol, al salir de su morada nocturna, roce la cresta mas alta para lanzarle la red mágica, cuyos pliegues lo envolverán aprisionándolo como dentro de una coraza de diamante. Desde ese momento será tu esclavo i podrás hacer de él lo que quieras.

* * *

Salió ocultamente de su palacio por un postigo, que daba al campo, sin mas compañía que un cayo de pastor i la malla maravillosa. Tres días con sus noches, el rei marchó hácia el oriente.

La senda por donde caminaba, subia bordeando desfiladeros i barrancas insondables. El flanco de la negra montaña era cada vez mas empinado i mas áspero. Pero ni el cansancio ni el frío, ni la sed ni el hambre le molestaban en lo mas mínimo. El orgullo i la soberbia avivaban en él sus hogueras i devoraban toda sensacion de malestar fisico. Ni una sola vez volvió la cabeza para contemplar el camino recorrido.

Tres veces vió pasar el sol por encima de su cabeza. Cruzó sin detenerse, irreverente con la excelsa majestad de un dios. Le asaeteó con sus rayos i fundiendo las nieves desató, para que le salieran al paso, con mas ímpetus los torrentes. Aquel reto del astro exacerbó su furor i amenazando con la diestra al flamíjero viajero profirió:

—Oh, tú, ascua errante, fuego fatuo, que un soplo de Raa enciende i apaga cada día, en breve te arrancaré las insolentes alas! Aherrojado como un esclavo yacerás eternamente tras los muros de oro de mis alcázares!

I confortado con esta idea venció los últimos obstáculos i se encontró por fin en la cima mas encumbrada de la inaccesible montaña, mas arriba de las nubes i de los nidos de las águilas.

*
* *

En la cúpula sombría centellean calladamente los astros. La noche toca a su término i un vago resplandor brota del abismo. Poco a poco palidecen las estrellas, i un tenuísimo matiz de rosa se esparce en el oscuro azul del cielo. De pronto un haz de rayos deslumbradores ciega los ojos del monarca. De la negrura sin límites, abierta bajo sus piés, una esfera de oro en fusion surge rauda hácia el espacio. A traves de sus cerrados párpados entrevé la fulgurante aureola i lanza por encima de ella la malla maravillosa. Como una antorcha que se hunde en el agua, de súbito se apagó el resplandor. Las estrellas se encendieron de nuevo, i las sombras fujitivas i dispersas vol-

vieron sobre sus pasos i ocultaron otra vez la tierra.

* * *

Despues de atravesar las salas sumidas en las tinieblas, el rei se detuvo en la mas alta torre de su palacio. El alcázar estaba desierto i debia de haber sido teatro de alguna tremenda lucha, porque todo él estaba sembrado de cadáveres. Los había en todas partes, en los jardines, en las habitaciones, en las escaleras i en los sótanos. La desaparicion del rei habia encendido la guerra civil, i gran número de pretendientes se habian disputado la abandonada diadema. Mas, la pavorosa ausencia del sol habia bruscamente interrumpido la matanza.

Dentro de la alta torre el tiempo trascurre para el monarca insensiblemente. Una deliciosa languidez lo invade. En el interior de la rejia cámara suspendido, como una maravillosa lámpara, está el celeste prisionero. Por una rendija imperceptible de su cárcel brota un intensísimo rayo de luz. Afuera una oscuridad profunda envuelve los valles, las llanuras, las colinas i las montañas. El cielo está negro como la tinta, i cual enlutado túmulo lucen en él como lágrimas los astros. Apoyado en la ventana ha asistido mudo e impasible a la lenta agonía de todos los seres. Poco á poco han ido estinguéndose los clamores i los incendios, hasta que ni el mas leve destello rasgó ya la lobreguez de la noche eterna.

De pronto el rei se estremece. Ha sentido un malestar estraño, como si le hubiesen atravesado el corazon con una aguja de hielo. I desde ese instante su plácida tranquilidad desaparece i la molesta sensacion va aumentando por grados hasta hacérsele intolerable. Siente dentro del pecho un frio intensísimo que conjela su carne i su sangre i, lleno de angustia, evoca de nuevo a Raa, el jenio dominador de los espacios i de los astros, quien contesta á sus súplicas con ironía desalentadora.

—De qué te quejas? Al suprimir la vida no has dejado al sentimiento que te posee i es el móvil único de tus acciones otro refugio que tu corazón. Para espulsarle sería menester que vibrase en las muertas fibras un átomo de piedad o amor.

Apénas el genio lo hubo dejado, la desesperación se apoderó del monarca. Mas, de súbito, rasgó sus vestiduras i espuso el pecho desnudo al rutilante rayo de luz. Pero ni el mas ligero alivio viene a confirmar su esperanza. Entónces clava sus uñas en las carnes i se abre el pecho, dejando al descubierto su frígido corazón al contacto del cual el haz luminoso se debilita i decrece con asombrosa rapidez. Dijérase un caño de oro líquido cayendo en un tonel sin fondo, i que desmaya i se adelgaza hasta convertirse en un hilo, en una hebra finísima. De pronto, como una antorcha, como un fuego fátuo que se estingue, la última chispa brilla, parpadea, desvaneciéndose en la oscuridad.

A pesar de que el sol ha cambiado de cárcel i lo lleva ahora en su corazón, parecele que toda la nieve de las montañas se hubiese trasladado allí. Sube, entónces, a la ventana i se precipita al vacío, en el cual, como si alas invisibles le sostuviesen, desciende blandamente hasta que toca con sus piés la tierra. La campiña está helada como un ventisquero i envuelto en tinieblas impenetrables, camina a la ventura con los brazos estendidos, huyendo como medroso fantasma de la agonía del Universo.

*
* * *

Cuando las ciudades no fueron sino escombros humeantes i las selvas montones de ceniza, cuando todo combustible se hubo agotado, los hombres cesaron de disputarse un sitio en torno de las hogueras moribundas i se resignaron a morir. Entónces, a la escasa luz de las estrellas, en la negra oscuridad que los rodeaba, buscáronse los unos á los otros, marchando a tientas con los brazos estendidos, huyendo del silencio i de la sole-

dad del planeta muerto. I, cuando sus manos tropezábanse en las tinieblas, asíanse para no soltarse mas. Aquel contacto producía en sus yertos organismos una reaccion inesperada. El débil calor que cada uno conservaba, parecía multiplicar su potencia: deshelábase la sangre, el corazon volvía a latir. I esa cadena viviente aumentada sin cesar por eslabones innumerables, se extendía a traves de los campos, por sobre las montañas, los rios i los mares helados. Mas, cuando esos cordones se soldaron, faltó un eslabon para que una cadena sin fin enlazase todas las vidas, fundiéndolas en una sola i única, invulnerable a la muerte.

*
* * *

De pronto, el monarca, sintió que el piso faltaba a sus piés. Ajitó los brazos buscando un punto de apoyo, i dos manos estrecharon las suyas sosteniéndolo amorosamente. Aquellas manos eran duras i ásperas, talvez pertenecian a un siervo o a un esclavo, i su primer impulso fué rechazarlas con horror; mas, estaban tan yertas, tan heladas, habia tanta ternura en su sencillo ademan, que un sentimiento desconocido hizo que devolviera aquella presion. Sintió, entónces, que penetraba en él un fluído misterioso, ante el cual el hielo de sus entrañas empezó a fundirse como la escarcha al beso del sol, desbordándose súbitamente de su corazon, cual si se volcase el recipiente de un mar, el raudal flamíjero cuyo curso marcan en el infinito los ortos i los ocasos. I por la cadena inmensa, a traves de las manos entrelazadas, pasó un estremecimiento, una cálida vibracion que abrazó todos los pechos anegando las almas en un océano de luz. Disipáronse en los espíritus las sombras, i el mas allá, el arcano indescifrable salió del cáos de su negra noche. I cada cual se penetró de que el incendio que ardía en sus corazones irradiaba sus lenguas fulguradoras hácia lo alto, donde se condensaban en un núcleo que fué creciendo i ajigantán-

dose hasta estallar allá arriba, encima de sus cabezas, en un torbellino deslumbrador. I aquel foco ardiente era el sol, pero, un sol nuevo, sin manchas, de incomparable magnificencia que, forjado i encendido por la comunión de las almas, saludaba con la áurea pompa de sus resplandores a una nueva humanidad.

Baldomero Lillo (*)

(Del libro reciente *Sub Sole*.)

La posibilidad de vivir sobre una tierra propia, de nutrirse de su trabajo ha sido y seguirá siendo siempre una de las principales condiciones de la vida independiente y feliz.—*León Tolstoi*.

Formas de cinismo

El cinismo es el egoísmo que se reconoce, que no se doblega, que se vanagloria; la perversidad que medita su obra y que se aplaude. Simple producto del pensamiento, el cinismo es el empeño de denigrar nuestra naturaleza y de despreciarla; la aprobación que se da á nuestros instintos inmorales

El cinismo tiene sus orígenes en la inmoralidad trascendental de la naturaleza y de la vida; es una forma del instinto de conservación, la más profunda reflexión del Egoísmo.

El cinismo de los padres para con los hijos.—El niño es para los padres como una fuerza que sube y que es preciso sujetar, una *x*, una *incógnita* que les inspira un vago temor y que es preciso nulificar.

Todo camina muy bien cuando el niño es chico, porque se tranquiliza con darle juguetes: se le regalan en abundancia. Entonces qué gracioso,

(*) Vigoroso escritor chileno. Sus brillantes producciones están coleccionadas en dos tomos: *Sub Terra* y *Sub Sole*.

siendo así impersonal, anónimo, amasable, dócil hasta dar gusto. Pero el temible chiquillo crece: adquiere forma, color, acento. Su personalidad se amplía, se dibuja y se va á oponer á la nuestra. Como hacerse el amo de él?

Usando todas las armas y de todo nuestro prestigio.

El padre se manifiesta como un ser superior, infalible, único, poseedor de una autoridad de derecho divino.

Su bien conocido maquiavelismo consiste en llamar á Dios en su ayuda. Lo más común es que el padre no crea en la religión, pero impaciente por estropear á su hijo, de ella se sirve. Sin disgustarle la comedia que trama, ni su habilidad repugnante, enseña á este hijo oraciones, señales de la cruz, ritos, comuniones, asistencia á misa, etc., de las cuales él es el primero en burlarse; á veces aparece en la iglesia unos segundos, con el fin de robustecer con su presencia la conspiración de las mentiras y de contribuir con su persona á domesticar perfectamente á la engañada víctima.

Otras veces sucede que los padres odian al hijo; esto no es raro. No siempre lo han deseado, y ha sido tan caro el cuidado. Estarán celosos de él, de su dichosa sonrisa, su vigor naciente.

Y además, él va gozar de la vida, cuando ellos declinan; él conocerá la dicha, cuando ellos no creen más en ella. Serán los enemigos de su inteligencia, de su libertad, de su vocación, de sus amores. Lo tendrán sin dinero, y lo harán sufrir muchas persecuciones para recordarle el derecho de quien paga. Y lo colocan en un convento para quitárselo de encima; lo casan, á la ventura, sin consultárselo, ventajosamente para el interés de su mercadería; lo colocan, en la situación de ganar el pan lo más pronto, de pagar sus gastos; tanto peor para él si su cuerpo es enfermizo, si su crecimiento se halla contrariado; tanto peor para su inteligencia si una labor prematura y servil entrafña un tropiezo para el desarrollo.

El cinismo en el ejercicio de una profesión.—Hay

que señalar *el odio al oficio* como una de las primeras razones que impulsan hacia el cinismo en el cumplimiento de los deberes profesionales. Me refiero á las personas que accidentalmente tienen un oficio, y peor si lo tienen contra su gusto, sin vocación. Oh! no se preocupan por distinguirse, por honrar lo que con ellos se relaciona. Abandonan á todo gusto sus obligaciones, y pobre del público que los busca, de la clientela que se dirige á ellos. Aun burlándose de su puesto, sin embargo, pueden sacar su provecho personal, hipócritas y perversos á sus anchas. Por qué los han metido contra su gusto? por qué son engañados? El hombre no se siente comprometido sino en proporción al gobierno que de sí mismo tenga; quien no cree en su oficio se manifiesta sin conciencia, é irritado por el papel que torcidamente juega, se comporta frente á los otros y consigo mismo, como un cínico.

Hablemos de los que practican un oficio con sinceridad.

En el ejercicio de una profesión, la forma ordinaria de cinismo es la explotación del público con nuestra especialidad. Acaso nuestro oficio no es la olla que nos nutre y que debe hervir siempre? No debemos pedir plata y más plata? El oficio tiene sus «secretos», su técnica, en la cual somos maestros, sus «provechos ilícitos», de los cuales se abusa con facilidad. He aquí ejemplos comunes: El médico apremia á su enfermo, multiplica las visitas, impone, para su beneficio, tratamientos supérfluos, peligrosos, caros; el notario provoca actos inútiles; el abogado está por los procesos costosos; el comerciante engaña en lo que vende; el banquero infla la cartera de billetes de valor sospechoso; la cortesana simula el amor; el político la buena fe; el fraile presta su concurso en milagros dudosos, trafica con las cosas sagradas, pone en circulación billetes falsos sobre la vida futura, compromete á Dios á fuerza de repartir absoluciones y de cantar los *Te Deum*; los hoteleros y sus compinches nos envenenan sin escrúpulo, tranquilamente. Qué gentes! es preciso que vi-

van. Y lo que hay de peor en esta farsa, en esta deslealtad general y monstruosa es que el deshonor de la profesión se tolera, casi se escusa, es que á ella se va con una inmunidad que disgusta, contando cada uno con que á su vez tomará la represalia; y cada uno en su terreno se mantiene en emboscada, como el bandido que á la vuelta del camino espera al que pasa para despojarlo. *Quaerens quem devoret.* (Buscando á quien devorar).

Emilio Tardieu

(De la *Revue Philosophique*.--Trad. de *Ariel*.)

Evanjelio

Están los ojos fijos en las nubes, que van como unas aves agoreras con sus alas enormes. Como un lago que refleja los cielos, las pupilas son azules o grises; ya sonrientes, ya torvamente brunas. Como un lago profundo i misterioso, copia el alma luces de aurora, claridad de estrellas, sombras crepusculares, i la augusta, la soberana sombra de la noche. —Chispa que brilla apénas, que se apaga con un fulgor tan rápido, suspiro de luz muerto en un átomo del tiempo, vive la eternidad i el infinito de la naturaleza guarda el alma.—

I el Gran Todo está en todo. La hoja que vuela i el reptil; la gracia de las espumas i la negra nota del fango; las montañas que desgarran el dombo azul i el átomo que el ojo siente apénas, se juntan i se besan, i en la sombra se estrechan i son uno; i el mismo soplo que rozó la cumbre pasa rozando el llano i acaricia las espumas i el fango, los follajes i el polvo; i unas mismas vibraciones

de vida universal todo lo envuelven.

La luna, veis? Tan pálida, tan triste,
tan remota, perdida en lo profundo
del abismo lejano. I el mar la ama,
i un estremecimiento voluptuoso
pasa por las entrañas del gigante;
i en un hervir apasionado se alza,
como una aspiración á lo infinito;
i florece de espumas como azahares,
como el rosal sus rosas o sus versos
un cerebro poeta.

I se adormece
bajo la cándida caricia, como
si fuera el roce de una mano
blanca sobre una frente indómita.

Las nubes! Las graciosas mensajeras,
como velas latinas, en bandadas,
pasan flotando en el azul. Lejanas,
tan lejanas como un sueño que apenas
se recuerda, su paso por la altura,
como un beso, como un beso fecundo
que jermína en el vientre de la tierra.
Pupila inmóvil i honda, las ve el lago
con la mirada cariñosa, intensa,
del padre que en silencio contemplara
los juegos de sus hijos. Porque él sabe
que son distintas formas de la misma
maravillosa esencia, que la nube
nació de sus entrañas, i su vida
de éstasis late en el hinchado seno
de la nube lejana.

I van pasando,
blancas, grises o rojas portadoras
de un mensaje de amor, a deshacerse
como lágrimas diáfanas, como albo
plumaje de palomas en la cumbre.
La cumbre solitaria, la atrevida,
como frente que niega, que se yergue,
reto interrogador del infinito,
se envuelve en la caricia de la nube,
i se hace blanca i suave como el alma
de un niño. I como un alma, aquel mensaje,
lleno de amor del mar i de los lagos,

devuelve en el candor del ventisquero
i en la cancion del rio.

I se encadenan
en un abrazo eterno, la montaña,
la pradera i el mar!

Almas de sombra
que vais, ciegas o sordas, por la vida,
jirones errabundos de una noche
sin alba, abrid los ojos i que tengan
su aurora al fin. Abridlos, i que copien
la infinidad de la naturaleza!

Yo he escuchado temblando el formidable
Verbo que habla de amor, Verbo que canta,
como un salmo a la vida, en el afable
rumor de la corriente o en la loca
lengua de la cascada. Yo he mirado
con alma temblorosa los milagros
del alma de las cosas, i la santa
Unidad que del átomo i del monte,
de la espuma i del fango, de los cielos,
la pupila i el alma; que de todo
hace una sola nota en el concierto
de la armonía universal.

Mi alma
sabe tambien el Evangelio eterno
que las nubes anuncian desde lo alto,
la suprema verdad: Sed como el agua.
Sed como el agua: que se vea el fondo
de vuestro pensamiento; que se pierda
fecundo en las entrañas de la tierra;
como vapor de incienso, que flamee
sobre cumbres que nunca holló la planta;
que pase acariciando la pradera,
como jiron de cielo; i vaya siempre,
mordido por las rocas o besado
por las flores; cantándole a la Vida,
i al fin, amplió i grandioso como un rio,
se hunda en la Inmensidad...

Carlos R. Mondaca (*)

(*Veladas del Ateneo*. Santiago de Chile. 1906.)

(*) Buen poeta joven de Chile.

CRÍTICA Y BIBLIOGRAFÍA

El agua de mar, Medio Orgánico, de Renato Quinton

Si por el mundo actual se hubiesen extendido las opiniones de muy viejos sabios acerca de la vida, la Ciencia se hubiera ahorrado una estupenda labor demostrando la posibilidad ó la imposibilidad de la generación espontánea.

Si nada en el Universo carece de la vibración omnipotente de la vida, cómo puede uno preguntarse por el instante en que el primer sér vivo apareció sobre la tierra? Tal interrogación supone la hipótesis de que la vida existe sobre el planeta como sobre los muros de un jardín las sombras de los árboles.

La vida viene de más allá de nuestro mundo y de más allá de nuestro sistema planetario; procede de la materia sidereal con que se construyó nuestra madre Nebulosa. Y aquella materia, á su vez, era un resto de la desintegración de mundos anteriores que ya habían servido para la evolución de muchos otros seres dotados de vida y pensamiento.

Por eso nuestro sistema planetario posee una intensa vida. Las fuerzas colosales que mantienen en suspensión estos globos, emanan de la vida todopoderosa que constituye esta ilusión gigantesca que llamamos la Materia. No existe la Materia sin vida. La muerte como la casualidad nacieron en el lecho de la ignorancia de los hombres. Nada está muerto en el Universo.

Acaso no afirmamos con todo el vigor del pensamiento que de la nada nada se extrae? Cómo entónces en el océano de minerales sin vida podrían beberla los seres que la poseen? La vida es coeterna y coexistente con el Universo. De otro modo tendríamos ante nosotros el más inaudito de los milagros: la aparición de una vida construída con materiales que carecen de ella, el absurdo de la creación de la nada.

La vida no principia en la célula, porque de qué modo explicaríamos en ella esa vida no sustentada por los elementos químicos que la componen? Ni tampoco tiene su principio en las micelas hipotéticas, que serían en los cuerpos orgánicos lo que las moléculas en los anorgánicos; porque subsistiría siempre la pregunta anterior: Cómo de lo muerto puede engendrarse la vida?

Proponer que la vida ha llegado á nuestro planeta adherida á los meteoritos errantes desprendidos de cuerpos celestes habitados, no sólo es alejar y no resolver el problema del origen de la vida, sino continuar suponiendo que hay en el Universo moles inmensas sin vida.

Aunque aparentemente más extraño, está menos lejos de la verdad el otro planteo de la cuestión: Cómo el mundo de la vida ha construído el mundo del mineral? El ámbar y la perla, la concha, el coral y el marfil, no son acaso producidos en el maravilloso laboratorio de la vida?

Pero esta solución también supone la existencia de algo sin vida, y la anterioridad de la vida á lo muerto, siendo así que la coexistencia debería ser imprescindible.

Desde los soles hasta los electrones, que son también soles girando en los espacios del átomo, todo es una manifestación de la vida inmanente de las cosas.

El problema de los orígenes de la vida no existe. Cuando apareció nuestro Universo surgió la vida que se halla en su esencia.

Pero sí se presenta un problema subordinado. En dónde la vida animal que alienta en nuestro planeta alcanzó su primer grado de evolución superior? En las aguas del mar—es la respuesta de Renato Quinton, Asistente del Laboratorio Fisiológico del Colegio de Francia.

En efecto, esta obra es una llama encendida que ha quemado el velo que envuelve los orígenes de esa vida animal.

Es obra de un gran valor científico. Contiene la descripción detallada de los numerosos experimentos que ha sido preciso llevar á cabo para

formularse una respuesta y las conclusiones de valor general que se derivan de aquellos, sin descuidar la aplicación práctica del agua de mar como medio terapéutico.

Contiene, pues, tres partes: la primera demuestra la *Ley de constancia marina original*, la segunda determina la *Ley general de constancia original*, la tercera se concreta á exponer las consecuencias terapéuticas de los experimentos y los modos actuales de empleo del agua de mar.

La primera parte pone en evidencia que el origen de todos los organismos animales es acuático. En primer término «el elemento ancestral de todo organismo es una célula» cuyo protoplasma cesa de manifestar sus propiedades vitales cuando la proporción de agua es inferior á 75 por ciento.

En segundo lugar la embriogenia “permite reconstituir los primitivos estadios que han debido suceder al estadio celular». La división celular permite la construcción esférica de la mórula, la cual una vez ahuecada, dejando sus células en la periferia se llama la blástula. Cuando esta toma la forma de una campana es la gástrula. Y estas tres formas son esencialmente acuáticas.

Por último, se demuestra el origen acuático de los organismos animales fundándose en el examen del modo respiratorio. Casi todo el primer capítulo se halla destinado al análisis de los cuatro modos de respiración existentes y se concluye haciendo ver que aun los animales de respiración esencialmente aérea proceden de antecesores originariamente acuáticos.

El segundo capítulo de la obra establece las pruebas de la procedencia marina de los organismos animales. En la época cambriana, cuando los continentes actuales aun no habían emergido de las aguas, ya existía una fauna bastante rica y por lo demás, sólo los mares poseen los representantes típicos de cada grupo animal.

Un tercer capítulo de la primera parte comprende la demostración del origen marino de las primeras células animales.

El modo de reproducción de la casi totalidad de

los grupos de animales marinos consiste en el simple abandono hecho por los padres en el agua marina de los elementos reproductores que se encuentran y se conyugan en ella. Pero el hecho de que tal cosa pueda suceder demuestra que las dos células padres de que procede el individuo son células perfectamente marinas. Y este modo de reproducción es el primitivo, porque el otro, que requiere órganos especiales, es mucho más complejo.

El embrión de casi todos los grupos de animales marinos tiene una vida independiente en el agua de mar. Las células componentes del embrión se hallan en contacto directo con el agua de mar, son por lo tanto células marinas. Luego el origen celular de la vida animal es marino.

A continuación el autor pasa á examinar el medio vital de los organismos. En los inferiores, como los Espongiarios, Hidrozoarios y otros, ese medio vital es el agua marina misma y las paredes externas de los invertebrados superiores son permeables para el agua y las sales marinas. El análisis químico de la hemolinfa de esos organismos demuestra la vecindad de composición de ambos medios vitales. En cambio en los animales de agua dulce, el medio interno se halla separado del agua por paredes impermeables, con lo cual conserva su medio vital marino, como también lo demuestra el análisis químico de tal medio. Esto mismo se verifica en los invertebrados aéreos.

Por lo que hace á los vertebrados superiores M. Quinton establece la identidad del medio vital y el medio marino con tres clases de experiencias: 1^a—Inyecta agua de mar en tres perros en la cantidad de 66, 88 y 104 centésimos del peso de los animales. Los riñones eliminan á medida de la inyección. A las 24 horas después los animales están restablecidos y más alegres que antes. 2^a—Dos perros son sangrados por la arteria femoral é inmediatamente después se les inyecta agua de mar en cantidad igual á la sangre que han perdido y al día siguiente de la operación trotan. 3^a—El glóbulo blanco que no puede vivir en ningún

medio vital artificial, vive perfectamente en el agua de mar, cuyo análisis químico es cualitativamente idéntico al medio vital de los organismos. Por lo tanto puede decirse con el autor de esta obra que «todo organismo animal es un verdadero aquarium marino» en donde viven las células que los forman.

La ley que de todo lo anterior se desprende es que «La vida animal aparecida en el estado de célula en los mares, ha propendido á mantener, á través de la serie zoológica, para su elevado funcionamiento celular, las células que componen cada organismo en un medio marino. No ha mantenido ese medio en todos los organismos; pero aquellos en donde ese mantenimiento no se ha efectuado han sufrido una decadencia vital.»

En el segundo libro de esta hermosa obra se demuestra que la ley de constancia marina no es aislada. Se ha desarrollado simultáneamente con la ley de constancia térmica y la de constancia osmótica ó salina y probablemente también con la de constancia luminosa. Es todo esto lo que el autor denomina *Ley general de constancia original*.

El tercer libro contiene un breve estudio del agua de mar como medio terapéutico.

La prueba científica está hecha. Su ley de constancia original es una nueva demostración muy interesante y muy profunda de la ley de evolución en la vida animal. Pero no pondré fin á estas líneas sin recordar que esta es una enseñanza de la antigua sabiduría.

En efecto, leo en las *Leyes de Manú*, Sloka 8 Cap. I que «habiendo resuelto (el poder que existe por sí) en su pensamiento hacer surgir de su sustancia las diversas criaturas, engendró primero las aguas y en ellas depositó un germen.»

Y en el poema épico de la Finlandia el *Kalevala* se lee que la hija del aire, la más hermosa criatura de la Creación, vivió largo tiempo en la virginidad y que cuando comenzó á sentir la vida como una carga, resolvió descender, «sobre las agitadas olas se abalanzó, sobre la amplia superficie del oceano, sobre la dilatada expansión del agua.»

«Así la tempestad meció la virgen y las olas impelían á la joven, sobre la superficie azul del mar, sobre la cresta de las olas espumosas, hasta que el viento sopló en torno de ella y el mar despertó la vida dentro de ella.» Siete centurias anduvo errante sin hallar donde establecer su nido hasta que compadecida la Madre de las aguas sacó del mar su rodilla y la hija hermosa del aire depositó sobre ella seis huevos de oro y el sétimo de hierro. Sintiendo la Madre de las aguas que los siete huevos le quemaban la rodilla, la sumergió repentinamente y los huevos estallaron en fragmentos y de ellos se formó cuanto miramos en el mundo. La bellísima descripción que yo he debido resumir se halla en el Runo I del poema.

En el Rigveda 10, 82 se lee «Quién era aquella semilla originaria que las aguas escondían—y en la cual habrían de verse todos los dioses?»

En el final del segundo versículo del Génesis se lee:

«Y el Espíritu de Dios cobijaba la haz de las aguas.»

También para los antiguos sabios la vida comenzó en las aguas.

Roberto Brenes Mesén

El arte hace siempre obra moral, hace—si se funda por completo en las leyes de la simpatía humana—una obra continua de sociabilidad y es, para todos los hombres capaces, un surtidor inagotable de energía, de esperanza y de sinceridad.—*Ugo Ojetti.*

Trabajo

Hay perenne nobleza y aun cierta santidad en el trabajo. Por densas que sean las tinieblas en que el hombre esté sumido, por olvidado que esté de su elevada misión, si en la actualidad trabaja con ardor, hay que tener esperanza en él; sólo ante la pereza hay que desesperar perpetuamente. El trabajo por vil que sea se comunica

con la naturaleza; el deseo sincero en un hombre de ejecutar algún trabajo, le llevará cada vez más cerca de la verdad, de los decretos y reglamentos de la Naturaleza, que son la verdad.

La última fórmula del Evangelio del mundo es: «Conoce tu trabajo y ejecútalo».

El «Conócete á tí mismo», te ha preocupado bastante durante largo tiempo; creo que nunca llegarás á conocerlo. No pienses que es tu ocupación la de conocerte á tí mismo; tu individualidad es imposible de conocer; conoce lo que puedes realizar y realízalo como un Hércules! Esto es lo mejor que puedes hacer.

Está escrito: «Un sentido infinito reside en el trabajo»; el hombre se perfecciona trabajando. Espesos matorrales son arrancados y dejan lugar á hermosos campos de trigo ó á ciudades soberbias; y el hombre mismo, cuando se ha consagrado á esta tarea, ha dejado de ser árida estepa. Considerad cómo, aún en los trabajos más humildes, el alma entera del hombre reposa y alcanza una especie de real armonía en el instante en que se consagra al trabajo. Dudas, deseos, tristezas, remordimientos, indignación, desesperación, todas, como furias infernales, asaltan el alma del pobre obrero como la de todo hombre; pero se inclina con valor sereno sobre la tarea y todas las furias se aplacan y se retiran, rugiendo, á sus antros. El hombre, en tal momento, es un hombre. El resplandor bendito del trabajo es fuego purificador que destruye todo veneno, y de sus acres vapores surge espléndida y bendita llama!

El Destino, en suma, no tiene otro medio de reformarnos. Un caos informe á quien se ha impreso movimiento de rotación, rueda y rueda cada vez con movimiento más acelerado, adquiriendo por virtud de la misma fuerza de la gravedad forma esférica; deja de ser caos para convertirse en mundo redondo y compacto. Que sucedería si la tierra se detuviese en este movimiento de rotación? En esta tierra vieja y miserable—en tanto que continúa girando—todas las desigualdades é irregularidades se dispersan; las irregularidades

tienden sin cesar á la regularidad. No has observado nunca el torno del alfarero, uno de los objetos más venerables que existen, viejo como el profeta Ezequiel y quizá más viejo aún? Has visto esos informes pedazos de arcilla cómo se modelan por sí mismos, merced al rápido movimiento de rotación y se convierten en bellos platos redondos? Imagínate al más asíduo alfarero, privado del torno, reducido á fabricar platos ó más bien objetos informes, que sólo puede amasar y cocer. En situación análoga á la este alfarero se encontrará el Destino con el alma humana que nada quiera hacer, que no quisiera hacer girar el torno ni trabajar. Del hombre ocioso que permanece en la quietud, el destino más favorable— como el más asíduo alfarero en el torno—no obtendrá, después de haberlo amasado y cocido, más que un objeto informe, en vano extenderá sobre él los colores más costosos, todos los esmaltes y todos los dorados que quiera; nunca el objeto dejará de ser informe, nunca será plato; no, sino objeto curvado, cocido, tosco, pesado, con ángulos mal modelados, amorfo, simple objeto esmaltado que proclama el desonor. Que el ocioso medite sobre esto.

Feliz aquel que ha encontrado su trabajo: que no pida ninguna otra felicidad! Tiene un trabajo, un objeto de la vida; lo ha encontrado y lo seguirá. Es como canal que corre libremente á través de las marismas de la existencia humana; es como río cada vez más profundo que arrastra, poco á poco, el agua corrompida lejos de las raíces de las menores briznas de tierra, transformando la pestilente ciénaga en fértil pradera cubierta de verdura, con su límpida corriente. Qué felicidad para la pradera!; dejad que la corriente, grande ó pequeña, se deslice. El trabajo es vida; en lo más profundo del corazón, el trabajador posee la fuerza, don de Dios, celeste y sagrada esencia de vida que le ha sido infundida por el Todopoderoso; desde lo más profundo del corazón alza su voz, despertando al hombre, haciéndole accesible á toda nobleza, á todo conocimiento, al «conoci-

miento propio» luego que el trabajo comienza. Conocimiento? El conocimiento que adquieras por el trabajo, se adherirá á tí; la Naturaleza misma lo acredita y dice, sí. Propiamente hablando, no tienes otra ciencia que la que has adquirido con el trabajo; todo lo demás es hasta aquí, ciencia hipotética, algo que se discute en la escuela, algo que flota en las nubes, entre torbellinos inmensos de lógica, hasta que la ensayamos y la fijamos. «La duda sobre cualquier objeto, no se resuelve sino por la acción».

Tomás Carlyle ()*

(De *Pasado y Presente*.—Envío de la señorita maestra Teresa Masferrer C.—San Salvador).

Yo avanzo hacia quien me contradice, hacia quien me instruye... Festejo y acaricio la verdad, sea cualquiera la mano en donde la hallo, y me rindo con alegría y le tiendo mis armas vencidas, de lejos, cuando la veo acercarse.—*Montaigne*.

Miserere (1)

Piedad, piedad, Dios mio!
Que tu misericordia me socorra!
Segun la muchedumbre
De tus clemencias mis delitos borra.
De mis iniquidades
Lávame mas i mas; mi depravado
Corazon quede limpio
De la horrorosa mancha del pecado.
Porque, Señor, conozco
Toda la fealdad de mi delito,
I mi conciencia propia
Me acusa i contra mí levanta el grito.
Pequé contra ti solo;

(*) Referencias y otra página de este magnífico pensador inglés pueden hallarse en el n.º 12 de ARIEL.

(1) El *Miserere* es uno de los Salmos de David, el L. compuesto por el rei poeta cuando fué reprendido por el profeta Natán por el adulterio cometido con Betzabet. Es uno de los cánticos mas grandiosos de la relijion cristiana, i por esto mismo ha sido traducido e imitado en todas las lenguas de la Europa moderna. La traduccion hecha por el ilustre latino-americano don Andres Bello es con mucho la mejor que existe en castellano.

A tu vista obré el mal; para que brille
 Tu justioia, i vencido
El que te juzgue tiemble i se arrodille.
 Objeto de tus iras
Nací, de iniquidades mancillado,
 I en el materno seno
Cubrió mi sér la sombra del pecado.
 En la verdad te gozas,
I para mas rubor i afrenta mía,
 Tesoros me mostraste
De oculta celestial sabiduría.
 Pero con el hisopo
Me rociarás, i ni una mancha leve
 Tendré ya: lavarásme,
I quedaré mas blanco que la nieve.
 Sonarán tus acentos
De consuelo i de paz en mis oidos,
 I celeste alegría
Conmoverá mis huesos abatidos.
 Aparta, pues, aparta
Tu faz, oh Dios! de mi maldad horrenda,
 I en mi pecho no dejes
Rastro de culpa que tu enojo encienda.
 En mis entrañas cria
Un corazon que con ardiente afecto
 Te busque; un alma pura
Enamorada de lo justo i recto.
 De tu dulce presencia,
En que al lloroso pecador recibes,
 No me arrojes airado,
Ni de tu santa inspiracion me prives.
 Restáurame en tu gracia
Que es del alma salud, vida i contento;
 I al débil pecho infunde
De un ánimo real el noble aliento.
 Haré que el hombre injusto
De su razon conozca el extravío:
 Le mostraré tu senda,
I á tu lei santa volverá el impío.
 Mas líbrame de sangre,
Mi Dios! mi salvador! inmensa fuente
 De piedad! I mi lengua
Loará tu justicia eternamente.

Desatarás mis labios,
Si tanto un pecador que llora alcanza;
I gozosa a las jentes
Anunciará mi lengua tu alabanza.
Que si víctimas fueran
Gratas a ti, las inmolará luego;
Pero no es sacrificio
Que deleita el que consume el fuego.
Un corazón doliente
Es la espiación que a tu justicia agrada,
La víctima que aceptas
Es una alma contrita i humillada.
Vuelve a Sion tu benigno
Rostro primero i tu piedad amante,
I sus muros la humilde
Jerusalén, Señor, al fin levante.
I de puras ofrendas
Se colmarán tus aras, i propicio
Recibirás un día
El grande immaculado sacrificio.

Es mejor vivir en un país salvaje que en un país civilizado en donde la justicia sufre la influencia de la política.—*Proal.*

Los elegidos del pueblo

Durante mucho tiempo el pueblo ha llevado sobre sus hombros á individuos aislados. Les ha entregado vergonzosamente el fruto de su trabajo y hasta su misma libertad, esperando pacientemente que descubrieran desde sus alturas el camino de la justicia. Pero los elegidos del pueblo se han embriagado de júbilo y se han corrompido, olvidándose de aquellos que los habían encarado en las cumbres, se convirtieron, no en un beneficio, sino en una pesada carga para el pueblo. Con lo cual el pueblo perdió toda clase de confianza y dejó solos á sus dominadores. Los dominadores cayeron entonces y el poder y la grandeza de sus imperios están desvanecidos. El pueblo ha comprendido que la ley de la vida, no consiste en elevar á un solo hombre, sino en llamar á todos los hombres hacia las cumbres del conocimiento,

de suerte que cada cual pueda ver con sus propios ojos el camino de la vida. Hoy en día posee claramente la conciencia de la igualdad de todos.

Máximo Gorki

Destruir el pudor es destruir la familia

Quien dice pudor, dice respeto de sí mismo, del propio cuerpo así como de la propia alma, pureza de costumbres, fidelidad en los compromisos y cuidado por la buena fama; si se destruye el pudor de la mujer, si se le predica y ella lo cree que los amores sucesivos no arrastran consigo el desengaño, sino que por el contrario enriquecen su personalidad y aumentan su alegría, se destruye la familia, porque ella descansa en principios del todo opuestos -- por serlo así precisamente la familia dura -- y porque el valor social y moral de ésta dependen inmediatamente de la dignidad mas ó menos grande de aquella que la ha creado.

Paul Acker

Una carta es para mí...

Una carta es para mí una palabra amistosa ú hostil, un apretón de manos ó un puñetazo, destinado á una sola y determinada persona. En la correspondencia, la discusión es penosa y casi imposible; como camino de corazón á corazón, como medio de conservar la amistad, de enviarnos unos á otros palabras de consuelo y de simpatía, una carta vale mucho más que una visita. Esto para el que comprende como yo el carácter estrictamente personal de una carta. Por eso me gusta escribirlas y recibirlas; hay en ellas el murmullo de una amistad lejana y experimentamos leyéndolas la sensación de pasearnos por el pensamiento amigo. No es eso mucho? No vale acaso la tinta que se gasta en ello?...

Alejandro L. Kielland